

LOS QUIJOTES

Precios de suscripción

Publicación quincenal

25 ejemplares

75 céntimos.

Un año..... 1,50

Semestre.... 0,75

Trimestre... 0,40

ADMINISTRACIÓN

Pasaje del Comercio, 8 --Madrid

Número suelto

5 céntimos

Dos palabras

Nunca se supo que Don Quijote tuviera amo, sino escudero, y este periodiquito tampoco tiene amo ni caballo blanco.

Digo ésto, porque algunos malandrines creen que LOS QUIJOTES los ha fundado alguien que pretende hacer ésta ó aquella campaña política en contra de éste ó aquel partido ó religión.

Nada de ésto han pensado los que fundaron este periódico, como ya dijimos en el primer número.

Lo que sucede es que, nosotros, con una amplitud poco corriente, dejamos al escritor que exprese sus pensamientos sin darle una pauta fija de la cual no pueda salirse.

¿Qué inconveniente hay para que en un periódico se escriba de todo aquéllo que á su pueblo puede convenirle, cuando el periódico para este fin se ha fundado? Los intereses particulares de sus fundadores; pero como aquí no existen éstos, pueden

tratarse todas las cuestiones con una independencia propia de LOS QUIJOTES.

Los que no estén conformes con lo que dicen LOS QUIJOTES, cojan la pluma, los que puedan hacerlo, y envíen su opinión, la que con mucho gusto publicaremos, siempre que ésta sea honrada y noble.

Diálogo entre Don Quijote y Sancho

—Os digo, mi amo, que esos gigantes que tanto os devanan el cerebro y os quitan el yantar por el día y el dormir por la noche, tanto existen en la tierra como yo soy moro y sepa vuesa merced que de cristianos viejos nací yo y nació toda mi parentela.

—¡Quién te mete á tí, Sancho ignorante, á descubrir los misterios de la Naturaleza! Gigantes hubo, que con los dioses riñeron feroces guerras en los tiempos antiguos y destruyen la paz de los hombres en los tiempos modernos, que aunque derrotados porque cuando estaba la victoria indecisa púsose Minerva del lado de los dioses, no fueron los gigantes aniquilados ni deshechos y tal como entonces ejeren hoy su poderío nefando sobre el mundo, pero tiempos vendrán en los que la Caballería An-

dante, limpie la tierra de tan mala semilla, como hizo el glorioso Hércules en sus días.

—Le juro á vuesa merced que no he visto á ninguno ni pienso verlos y si me los presentase vuesa merced, para mi santiguada que los creería de artificio como las sierpes que en algunas ciudades sacan en las procesiones del Corpus.

—Pero los conocerás por sus obras, que éstas á veces interesan más y hablan mejor á los sentidos.

—Y ¿ha visto vuesa merced sus obras? ¿Que casas les hemos visto derribar de un manotazo? ¿Qué montañas les hemos visto hundir en las ombrías? ¿Qué ríos les hemos visto desviar de sus cauces?

—Eso y más hacen, amigo Sancho, y notorio es para cuantos no tengan como tú adormecido el cerebro. Ellos hacen maestros á los menos letrados, clérigos á los más descreídos y jueces á los más injustos; no sólo derriban casas, sino pueblos enteros ó reducen á esclavitud en beneficio propio á sus moradores. Hacen también las malas leyes que cercenan la libertad y aumentan los tributos, y establecen en sus dominios una jurisdicción exenta á donde no llega la autoridad del Rey, y si no fuera por incurrir en blasfemia, te diría que no llega ni la del propio Dios nuestro Padre.

—Pero esos no son gigantes, mi amo.

—¿Pues que son, villano?

—Son caciques señor, y castigadas de su mano de acero están nuestras ciudades, nuestras villas y nuestras aldeas.

—Gigantes ó caciques, no te parece llegada la hora de que una nueva y briosa orden de Caballería Andante se consagre á perseguirlos, á sacarlos de sus castillos, á destruirlos en descomunal batalla, á quemar sus despojos y aventar sus cenizas, para que no renazcan como antaño y se vea un día libre la Humanidad del tal azote, peor que todas las plagas que mientan las Escrituras...

E. Barriobero y Herrán.

¡ESPERANZA!

España está convaleciente. Su estado es delicado; es cierto. Pero se restablece y llegará á adquirir de nuevo su antiguo vigor. Un pueblo que consiguió ser el más poderoso de la Tierra, y que honró la Historia grabando en ella los más grandes acontecimientos del Mundo, no puede morir; es inmortal. Don Quijote se inmortalizó y es el alma de España; en él se personificaron unidos la locura y el genio, lo mismo que en esta hermosa nación donde al espíritu soñador, romántico y teórico se ha unido siempre la proverbial hidalguía y el valor heroico en la lucha, lo mismo en el triunfo que en la derrota.

Don Quijote maltratado y herido quedó muchas veces débil, pero siempre valiente.

También España cayó y está debilitada por la hemorragia y por los golpes; pero no rodó derribada por el Caballero de la Blanca Luna; cayó por la rebeldía de sus colonias, por las pedradas que le lanzaron aquellos mismos países cuyas cadenas de salvajismo y atraso había ella desenlazado y roto.

A veces, las circunstancias, el empuje brutal y ciego de lo inconsciente, cierran de una manera fatal el camino de los hombres y de los pueblos. Si Don Quijote buscando brillantes aventuras luchó con los molinos de viento, y el aparato sin vida impulsado por las corrientes del aire le arrojó á tierra con su caballo ó hizo astillas su lanza, España vió destrozada por las tempestades una hermosa escuadra que no había sido enviada á pelear contra los elementos.

Lo mismo que Alonso el Bueno salió á recorrer la Tierra para practicar el bien y mantener la Justicia, España, reuniendo en sí todo el caudal de la civilización europea, lo llevó á América y á Oceanía, y trazó con las quillas de sus navíos el primer círculo alrededor del Globo.

Interponiéndose con sus buques en Lepanto, entre los turcos y Europa, salvó á ésta de la brutalidad de sus invasores, como

Don Quijote, haciendo brillar el hierro de su lanza é interponiendo á Rocinante entre Marcela y sus perseguidores indignados, la libró de las injustas y bárbaras ofensas que sin su auxilio hubiera tenido que sufrir.

Como Don Quijote la cueva de Montesinos, España exploró y sondeó desconocidos mares...

Y ahora está decaída y postrada! También el Caballero de la Triste Figura volvió á su aldea enjaulado, debilitado y enfermo.

¡Levántate España! ¡Recobra tu vigor! Desprecia los razonados consejos dictados por la timidez del cura y del rapa-barbas, y lánzate de nuevo al campo con tu armadura obsecrecida por el moho y con el espíritu brillante por la virtud de tus nobles aspiraciones y aun por el delirio grandioso de tus defectos y de tus vicios.

Ha degenerado nuestra raza, como afirman algunos que á ella pertenecen y que perdieron en absoluto su amor propio? No; eso es falso, enteramente falso. En España hay grandes hombres de ciencia, grandes artistas, trabajadores inteligentes y valientes soldados. Y si en España el decaimiento moral y la desconfianza han cundido, deben ser culpados de ello y castigados con el rencor de toda la Nación, aquellos malos españoles que han sugestionado á este noble pueblo, denigrándole sin cesar con una constancia digna de mejor fin, hasta empararle en el convencimiento de su impotencia, de su bajeza y de su deshonra.

Como sistema pedagógico se ha usado durante muchos tiempos la humillación profunda del discípulo. Creyendo estimular su amor propio, su maestro le decía que era corto de entendimiento y flojo en el esfuerzo; que nunca llegaría á ser un hombre de provecho; que no lograría rebasar el nivel de los brutos. El alumno sugestionado por voz para él autorizada, consideraba el estudio como trabajo de Sísifo, labor irrealizable en la que todo esfuerzo era inútil. La severa disciplina y el castigo frecuente completaban el conjunto de motivos de adversión á la Cátedra, y ante la amedrentada

imaginación del muchacho, la escuela era cárcel, el libro potro y el maestro verdugo. Así se apoderaba del alumno un decaimiento desesperado. Este mismo sistema han seguido con España algunos españoles. ¿Ha sido la intención buena? ¡Quién sabe! Pero el resultado ha sido funesto. La masa general de la Nación se ha acostumbrado á recibir humildemente el despreciativo latigazo de aquéllos, que al fustigar á los demás, á sí mismos se fustigaban, y el pesimismo llevado hasta la indiferencia del estupor ha ensombrecido el brillante cielo de nuestra hermosa patria.

A un convaleciente se le deben prodigar frases que le consuelen, que le den ánimos y vigoricen su sistema nervioso, que al regir la nutrición del organismo podrá así con más bríos ayudarle en su regeneración. ¿A quién se le ocurriría hablarle de la debilidad de su estado y de lo largo, difícil y peligroso de la convalecencia?

Condénese, pues, á perpétuo silencio á los pesimistas y considéreseles como reos de lesa Patria.

¡Animo España mía! ¡Levántate, recobra tus fuerzas y envuélvete de nuevo en la luz de tu Gloria!

Rafael de San Millán

Decía Goethe: «La libertad no la tiene quien la pide, sino quien la merece.»

Toros sin pan

Mientras Europa se destroza en una sangrienta guerra civil, en esta provincia europea que se llama España, aunque no hay guerra, se sufren las consecuencias de ella. Empiezan á escasear las subsistencias, pero no disminuyen por eso las corridas de toros. Si no hay campos de batalla, tampoco hay campos de trigo. El pan está caro, pero ¡no importa!

Inmensas extensiones de terrenos se dedican á pastos; no para alimentar muchos,

muchísimos animales para el consumo, sino para mantener pocos, unos cuantos, animales de lidia: cuantos menos haya en cada ganadería, más bravos serán. La carne está cara, pero ¡no importa!

Antiguamente pedíamos pan y toros (el pan, lo primero). Hoy sólo pedimos toros. Por algo la sobriedad es la característica de nuestra raza. Somos sobrios en pan y en escuelas. Nos conformamos con las cosas á medio hacer que, según dijo «Figaro», tienen muchas ventajas. Nos contentamos con poco: pocos campos, pocas fábricas, pocos caminos, pocos canales, pocos barcos. Únicamente somos insaciables tratándose de frailes y de caballos para los toros.

La corrida de toros es una lucha entre la fuerza bruta y la inteligencia; entre la cuadrilla de caballos y toreros por una parte, y el toro por otra. El toro lucha solo contra sus enemigos reunidos. Sin embargo, convendremos en que el toro representa la fuerza bruta.

Los caballos de corrida son caballos de deshecho. Los hombres de corrida, generalmente, son buenos ejemplares desde el punto de vista físico, pero desde el punto de vista intelectual no pueden presentarse como modelos de la raza humana. Sin embargo, convendremos en que los toreros y sus auxiliares representan la inteligencia.

El toro es un animal herbívoro. Ningún naturalista lo ha clasificado entre las fieras, como al león, al lobo ó al gato. Sin embargo, convendremos en que el toro es una fiera, porque lucha. En la plaza de toros todo es convencional. Es verdad que también hay lucha en las riñas de gallos, pero esas riñas no son luchas de fieras, tal vez porque en ellas no toman parte los toreros.

Lo más hermoso de la corrida es el desfile de la cuadrilla. Unos jinetes que nada tienen de ágiles cabalgan sobre unos animales que antaño fueron caballos, precedidos por unos hombres con coletas, que ni los chinos las usan, con la cara afeitada y el traje de lentejuelas como las bailarinas. Los

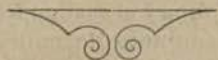
hombres marchan con los codos hacia afuera y los puños hacia adentro, como algunos reclutas del pelotón de los torpes. Ninguno de ellos lleva el paso, á pesar de que una música se entretiene en alegrar el espectáculo ejecutando un paso doble. Sin embargo, convendremos en que el desfile de la cuadrilla es lo más brillante de la fiesta. A ningún torero le han silbado por desfilarse mal.

Sale el toro, que nunca ha sido toreado. Y los hombres, ya adiestrados en capeas y corridas, le excitan á pelear, pero no pelean con él. Únicamente luchan con él los picadores, y en esa lucha muchas veces resulta el caballo muerto y el toro herido. Cuando el toro está bastante desangrado por las heridas, los toreros, que son muy valientes, se deciden á luchar con él, y le infligen nuevas heridas, y hasta quemaduras, si el toro es pacífico. Cuando el toro está muy desangrado, el más valiente de los toreros, el espada, lo asesina, á veces de una estocada, casi siempre de varias. La muerte del toro dura generalmente un cuarto de hora y la presencian miles de espectadores, que si de algo protestan, es de que no se hace sufrir á la res todo lo que las circunstancias exigen.

La tarde declina. Una muchedumbre borracha de sangre y de vino aplaude á los toreros (no se les llama *artistas*, tal vez porque no lo son), y en ocasiones hasta llega á besarlos.

Si Don Quijote saliera á la arena confundido entre los picadores, seguramente no atacaría al toro, sino á la cuadrilla de malandrines que divierte al público haciendo sufrir á un animal de una raza útil, porque arrastra el arado para que sus holgazanes verdugos puedan comer pan. ¡Y cuantos hombres se quedan sin pan por ir á ver las corridas de toros!

Fernando Redondo



EN ESTAS HORAS CALMAS...

Campanas... Paz... Olvido...
Dulzura en los hogares,
Calor en los pajares,
Arrullos en el nido...

En estas horas calmas el pasado revive:
Todo el encanto vive
De nuestra dulce infancia
Y la bella fragancia,
De los días rosados, perfuma nuestra estancia...

Aroma evocador del recuerdo querido...:

Una casa tranquila, en la que daba el sol...
(¡Oh las buenas mañanas
De Otoño, con manzanas
Puestas en las ventanas...!)

De amanecida el gallo sonaba su clarín...
Con su «quí qui ri qui», magnífico y soberbio,
Anúncianos el alba de rosa y de jazmín...

Y ¡oh! las medrosas noches de invierno, cuando en casa
Del abuelo, sentados á la lumbre, mi madre
Nos decía unos cuentos de niños y gigantes:
«Blanca Flor», «Caperuza», «La Morena Perdida»...

...¡Oh recuerdo querido:
Eres para mí como una samaritana
Que me ungiese de aromas. Eres como una hermana
Que, amorosa, vendase mi corazón herido..!

Jaime Ibarra

NUEVOS HORIZONTES

La oscura noche que atraviesa España, y que algunos creen interminable, toca á su fin y pronto los rayos de la nueva aurora nos mostrarán el horizonte claro, limpio de los fatales presagios que atormentaban nuestra alma con la amenaza de un triste porvenir.

Pero como enfermo salvado de una muerte segura, la convalecencia será larga y difícil; habrá que combatir y destruir los resabios que aún pupulan el débil organismo á fin de que se opere la reacción sana y enérgica que nos conduzca á una fortaleza verdad, no ficticia para luego caer otra vez, porque las recaídas son las que desgastan y labran la tumba definitiva de los pueblos.

Y lo más importante es el problema religioso, pesada rémora que arrastra España durante toda su vida de nación y que es necesario resolver de una vez si no queremos tropezar con serios obstáculos en nuestro camino.

En el pasado, los españoles impresionados, como gente de alma noble, ante el castigo de Dios, dejáronse guiar por la chusma de la Iglesia, que llevando por derroteros impíos los bellos ideales de Jesús, irguióse amenazadora en poder supremo, á la vez que negaba todo libre albedrío y castigaba con mano dura al osado que desoía sus mandatos.

Esclavizado de esta forma el espíritu de un pueblo de brillante porvenir, lograron aniquilar á Don Quijote, verdadero paladín de la raza, siéndole solamente posible la vida á Sancho, que en no faltándole con que llenar su estómago, aunque fuera de pan seco, satisfacía sus aspiraciones y quedaba conforme y contento; sin embargo, Don Quijote resucita para dar al traste con el tan fiel como perjudicial Sancho. Pero el tiempo transforma y purifica. Hoy los españoles no se dejan llevar, como los de antaño, por caminos contraproducentes con el sentir de los pueblos; sólo ansían una acer-

tada dirección que tienda á evitar equívocos y á remediar en lo posible pasados errores.

La mayoría son irreparables, pero aún existe alguno que pudiera ser apoyo importantísimo en nuestro futuro desarrollo.

Me refiero á los judíos expulsados por los Reyes Católicos y esparcidos hoy por el Oriente europeo, los cuales nos recuerdan el amor que profesaban á España, conservando como idioma el castellano antiguo que hablaban en la península.

Ahora que nos proponemos emplear nuestros esfuerzos en crear una España próspera, tendríamos en ellos eficaces auxiliares, que aportarían á la obra sus dotes comerciales y una gran riqueza, así como su ambiente cosmopolita.

Merece la pena que el Gobierno prestase atención al asunto; pues las vicisitudes porque atraviesa el Oriente europeo, así como su oscuro porvenir, junto con una fraternal acogida y el amparo de nuestra bandera, puede que les impulsara á aceptar con alegría una propuesta de retorno á España.

M. Fernández Pereira

Cuentos Infantiles

100 surtidos.....	1,50 pesetas.
500 —	6,00 —
1000 —	10.00 —

En la 4.^a plana de cubiertas puede usted anunciar su establecimiento ó sus artículos, sin que por ésto aumenten los precios arriba indicados.

LOS PEDIDOS A

E. G. LINERA

**Pasaje del Comercio, 8
MADRID**

Tip. de «Los Quijotes», Pasaje del Comercio, 8.—Madrid.

*Damas, armas, caballe-
le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-
templado á lo enamora-
alcanzó á fuerza de bru-
á Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hieroglí-
estampes en el escri-
que cuando es todo figu-
con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
no dirá moñante algu-
que don Alvaro de Luc-
que Anibal el de Carta-
que el Rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-
Pues al Cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
ni me alegues con filo-
porque torciendo la bo-
dirá el que entienda la le-
no un palmo de las ore-
¿para qué conmigo flo-?
No te metas en dibu-
ni en saber vidas aje-
que en lo que no va ni nie-
pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
darles á los que grace-
mas tú quémate las ce-*

desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro: que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada, y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autoras á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto mas que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada san Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica: ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezeta, de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos; sino procurar que á la llana con palabras significantes, honestas y bien colocadas

salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes, y fuere posible, vuestra intención, dando á entender vuestros conceptos, sin intrínsecos, y escurreceros. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risuño le acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprezice, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á describir la máquina mal fundada de los caballerosos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzádes, no habiádes alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mis razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el mas caso enamorado, y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecer el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderescas que en la cateria de los libros vanos de caballerías estan esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mi no me olvide. VARE.

AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA

oooooooo

Si de llegarte á los buenos libros, fuertes con letura no le diré el boquirrue que no pones bien los dedos, Mas, si el pan, no se le cue-

*por ir á manos de idióverás de manos á bo-
aun no dar una en el clasi-
si bien se comen las muer-
por mostrar que son curio-*

*Y pues la experiencia ense-
que el que á buen árbol se arriba-
buena sombra le cobia-
en Bejar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-*

*que dá Principes por fructo en el cual florece un Du-
que es nuevo Alejandro Ma-
llega á su sombra, que á oser-
favorece la fuerte-*

*De un noble hidalgo Manche-
contarás las aventuras
á quien osiosa letu-
frustraron la caber-*